

Poder y terror en *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio. Una lectura de la modernidad en Colombia

DANILO PALACIOS*

Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, Colombia.



Poder y terror en *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio. Una lectura de la modernidad en Colombia

Más allá de ser una narrativa de la Masacre de las Bananeras, el libro de Cepeda Samudio condensa, en las relaciones entre sus personajes, algunas características del tránsito de Colombia hacia la modernidad y su asimilación de las lógicas del capitalismo. El contexto sociopolítico en el que Cepeda escribe su obra comparte características estructurales con aquel que el autor trata de re-escribir. Este artículo se propone entonces explorar cómo el autor crea nuevos sentidos y significados a partir de las interpretaciones que cada personaje hace de la Masacre desde condiciones políticas y sociales concretas y diferentes. Se muestra aquí que el argumento de la novela está atravesado por una asociación político-religiosa sobre la cual inició la edificación del capitalismo moderno en Colombia.

Palabras clave: capitalismo, Estado, Iglesia, modernidad, poder, terror.

Pouvoir et terreur dans *La casa grande* d'Álvaro Cepeda Samudio. Une lecture de la modernité en Colombie

Plus qu'une narration sur Le massacre des Bananiers, le livre de Cepeda Samudio condense, au rapport entre ses personnages, certaines particularités du cheminement de Colombie vers la modernité et de son assimilation des logiques du capitalisme. Le contexte sociopolitique où Cepeda écrit son œuvre partage les mêmes caractéristiques structurales de celui que l'auteur essaie de réécrire. Il s'agit donc dans cet article d'explorer comment l'auteur invente de nouveaux sens et des significations à partir des interprétations que chacun des personnages fait du Massacre à partir de conditions politiques et sociales concrètes et différentes. L'argument du roman est traversé par une association politico-religieuse sur laquelle l'édification du capitalisme moderne en Colombie est commencée.

Mots-clés: capitalisme, état, église, modernité, pouvoir, terreur.

Power and Terror in Álvaro Cepeda Samudio's *La casa grande*. A Reading of Modernity in Colombia

Cepeda Samudio's book is more than the narrative of the Massacre of Banana Plantation Workers. The relationships between the characters in the novel concentrate some of the features of Colombia's transition to modernity and its assimilation of the logics of capitalism. The sociopolitical context in which Cepeda writes his work shares some of the structural characteristics of the period he recreated. The article explores the ways in which the author creates new senses and meanings on the basis of the characters' interpretations of the Massacre, from diverse and concrete political and social conditions. It also shows how the novel's plot is marked by the connection between politics and religion on which modern capitalism began to be built in Colombia.

Keywords: capitalism, State, Church, modernity, power, terror.

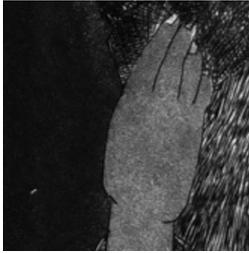
CÓMO CITAR: Palacios, Danilo. "Poder y terror en *La casa grande* de Álvaro Cepeda Samudio. Una lectura de la modernidad en Colombia". *Desde el Jardín de Freud* 14 (2014): 187-200, doi: djf.v14n14.46123.

* e-mail: dupalaciosp@unal.edu.co

© Ilustraciones: Antonio Samudio

“Y los fusiles quedaron impregnados de mierda”

ÁLVARO CEPEDA SAMUDIO



1928. 18 DE DICIEMBRE.

Primero siete, luego una muchedumbre, rodearon la estación del tren. Ocuparon los vagones de la locomotora y la locomotora. En silencio, dice Cepeda, cubrieron el tren, los techos de los vagones y las escalerillas de los estribos. Los soldados acaso miraban. Sus fusiles recostados sobre sus pechos, los machetes de los huelguistas quietos dentro de sus vainas. Uno de los soldados se acercó a un vagón y al ver que un huelguista parecía bajar del techo alzó su fusil. Disparó. “Quedó colgando en el aire como una cometa. Enganchado en la punta de mi fusil”¹. La sangre manchó al soldado, sus botas, su cara. Y olió a “mierda”. Su fusil quedó cubierto de mierda, no de sangre. El soldado duda luego de matar a un desconocido y haberse rendido a la orden del General. Al cabo termina por ceder a la costumbre de obedecer pero no escapa a su preocupación —deseo, quizá— por ser recordado. Resignados y conformes, quizá con beneplácito y alivio, piensan los soldados que en el pueblo se acordarán de ellos por siempre: “somos *nosotros* los que olvidaremos”². *Nosotros*, ellos, el ejército, la clase política, la elite económica, el Padre en su casa grande, la Iglesia, la nación, la Historia nacional olvidarán.

La obra de Cepeda Samudio es una literaturización de un hecho histórico, La masacre de las bananeras. Se funda sobre la resignificación de un acontecimiento concreto que se reescribe a treinta y cuatro años de distancia. La estructura de la narración propone un diálogo que pone sobre la mesa mentalidades distintas e interpretaciones que varían de acuerdo con las condiciones concretas de cada personaje y que privilegian posiciones políticas e ideológicas distintas que se enfrentan en La Zona, en La Casa Grande; interpretaciones que por supuesto dialogan con la del autor, quien construye su narración en un contexto que estructuralmente, como veremos, no difiere radicalmente de aquel que crea para sus personajes. Este artículo examina las relaciones entre ellos y expone de qué manera se condensan allí algunas características

1. Álvaro Cepeda Samudio, *La casa grande* (1962) (Bogotá: El Tiempo, 2003), 39.

2. *Ibíd.*, 35-56.

del tránsito de Colombia hacia la modernidad y su entrada al capitalismo. Pero más allá de poner en relación los hechos literarios con la historiografía regional y nacional, se quiere centrar el análisis dentro del contexto que el autor propone, La Zona, y examinar este lugar como frontera política y cultural donde los principios de la razón moderna degeneran y se interpelan con el odio y el terror. Veamos.

Cepeda divide la novela en diez capítulos que, a su manera, se leen como diez voces distintas del mismo hecho, diez relatos que nos presentan y nos confiesan sus personajes. A mitad de camino la narración toma un sentido distinto. Si bien ya Cepeda había referido el asesinato de los huelguistas es apenas ahí cuando nos presenta una postura oficial que legitimaba el procedimiento militar. Cepeda retoma el Decreto n.º 4 por el cual se declaraba a los huelguistas “cuadrilla de malhechores” y se facultaba al ejército para usar las armas. Pero esta no es una reescritura literal del decreto. La huelga no es en Ciénaga, y ocurrió, como se sabe, un 6 de diciembre de 1928. No sabemos cuáles fueron las intenciones de Cepeda al llevar los sucesos a Magdalena, un 18 de diciembre, más allá de la posibilidad de conferir un carácter literario al hecho y sustraerlo de su realidad histórica. De esta manera, el autor nos permite entonces descuidar la historicidad de los hechos que narra, las particularidades históricas y culturales de Ciénaga, Santa Marta y Aracataca, epicentros de la producción bananera³, y contrastar las mentalidades fuera de un tiempo y espacio concretos, con el objetivo de demostrar las características que comparte la obra con el contexto sociopolítico en el que el autor escribe.

Luego de la lectura del decreto, Cepeda privilegia la voz de quienes se oponen al sistema de trabajo en las plantaciones de banano. Antes, el relato viajaba con Los Soldados, la Hermana y el Padre, encarnaciones de la autoridad política y económica de La Zona. Emergen así dos discursos antagónicos, dos conceptualizaciones distintas sobre el poder y el derecho a huelga que, por supuesto, se enfrentan y juegan a deslegitimarse.

En principio, Los Soldados confundidos discuten sobre la legitimidad de la huelga. Más allá de razones políticas y fundamentos del derecho su argumentación no pasa de un sí o un no para al final decir que simplemente los huelguistas “no tienen derecho”⁴. Desde su posición oficialista, esa afirmación es una negación del otro, de su condición de *ciudadano* y de los derechos que esta garantiza. Los soldados se reconocen como autoridades⁵ y desde su condición niegan la capacidad de organización política de quienes no hacen parte de esa estructura de poder que junto a la Iglesia y la elite local conforman, en una región aislada, un enclave bananero que viene a articularse más con el mercado internacional, por su salida al puerto, que a acatar la legislación colombiana. Aquí priman las leyes del mercado. Pero La Zona, olvidada y desconocida

3. Catherine LeGrand, “Tierra, organización social y huelga: la zona bananera del Magdalena, 1890-1928”, en *Bananeras. Huelga y masacre*, eds. Mauricio Archila y Leidy Torres (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 20.

4. Cepeda, *La casa grande*, 15

5. *Ibíd.*, 16.

por el centro del país, apenas se inserta en él y, como es característico de las economías de enclave, responde al capital extranjero⁶. No es posible entonces afirmar que en La Zona se practica un sistema de producción capitalista, pues las relaciones laborales distaban aún de ese carácter; y era eso lo que perseguía la huelga, la modernización de estas relaciones. Esto en apariencia resultaría contradictorio pues reafirmaría la posibilidad de fortalecer un capitalismo precario y eso representaba sacar a La Zona de su aislamiento y articularla con la dinámica de la política nacional superando su condición de enclave.

Los acontecimientos de Ciénaga ocurrieron dentro del periodo que la historiografía nacional denominó la Hegemonía Conservadora. Entre 1886 y 1930 se debatieron distintas políticas que oscilaron entre el proteccionismo económico y la entrada al libre mercado, las cuales imprimieron una dinámica más compleja que la uniformidad que supone la historiografía al delimitar un periodo de “hegemonía”. El partido Conservador estaba dividido entre nacionalistas e históricos. Estos últimos impulsaron cambios sustanciales que servían a los intereses económicos de los comerciantes, con lo cual se acercaban, en este sentido, a los liberales; estas contradicciones fueron determinantes para el desarrollo de la Guerra de los Mil Días. Hijos del periodo Republicano, liberales y conservadores “habían sido, en sus orígenes, liberales en el sentido de las ideas de la Ilustración y de 1789”⁷. La ruptura política con la Colonia se inspiró en esas ideas que los criollos como Simón Bolívar y Antonio Nariño asimilaron y transmitieron y que rápidamente tomaron forma de crítica a la herencia hispánica. El periodo entre 1925 y 1929 tuvo un desarrollo moderno más rápido, congruente con el derrumbe de la Hegemonía que ya desde la Regeneración puso en manos de la jerarquía eclesiástica la dominación social⁸. En 1930, con la presidencia de Enrique Olaya Herrera, asciende una elite que se propone modernizar los aspectos políticos y culturales a los que se negó el proyecto regenerador, intentando, fundamentalmente, priorizar la soberanía del Estado frente a la Iglesia⁹.

Pero el quinquenio de Rafael Reyes (1904-1909), que sucedió a los gobiernos de la Regeneración, propició la restauración económica e impulsó las economías extractivas del caucho y la quina en el sur del país¹⁰. Más allá de un impulso legislativo, el gobierno de Reyes sembró la mentalidad de colonizar las fronteras y modernizar el país, iniciando con la adjudicación de baldíos en Antioquia y Magdalena¹¹. Ya en la Regeneración se compartía el anhelo del desarrollo capitalista, curiosamente, manteniendo un ordenamiento político y cultural “autoritario y tradicionalista”. Prueba de ello sería la firma del Concordato: fue lo que Jorge Orlando Melo llamó “modernización tradicionalista”¹². Contradicción histórica, si se quiere, de acuerdo con lo que aquí se irá planteando.

6. Véase: Carlos Ortiz, *Urabá: pulsiones de vida y desafíos de muerte* (Medellín: La Carreta Editores, 2007), 27-30.

7. Rubén Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada* (Bogotá: Editorial Temis, 1994), 24.

8. *Ibíd.*, 52.

9. Véase: Jorge Orlando Melo, “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’”, en *Colombia: el despertar de la modernidad*, comps. Fernando Virviescas y Fabio Giraldo (Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1991), 236-237.

10. Iván Marín, “La hegemonía conservadora 1900-1930”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Historia*, tomo 2 (Bogotá: Círculo de lectores, 1991), 483-508.

11. Véase: Catherine LeGrand, “Tierra, organización social y huelga: la zona bananera del Magdalena, 1890-1928”, 21; Carlos Ortiz, *Urabá: pulsiones de vida y desafíos de muerte*, 21-31.

12. Jorge Orlando Melo, “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’”, 234.

Años atrás Reyes lideró expediciones de colonización quinera en Putumayo y durante su mandato echaron raíces las primeras empresas caucheras que, a la postre, soportadas por capital inglés, propiciaron lo que Roberto Pineda llamó el Holocausto en el Amazonas¹³: los ciclos caucheros. En esas fronteras —la costa del pacífico, la selva amazónica, el norte de Antioquia o la zona bananera del Magdalena— la intervención del Estado era escasa pues la infraestructura necesaria para desarrollar un sistema de plantación requería de capitales extranjeros. No obstante, en el centro del país se inició con ahínco la construcción de carreteras y vías férreas que conectaran la región con los puertos de embarque sobre el río Magdalena, aunque el criterio de Reyes era que esa intervención debía ser temporal. De ahí su afán por saldar la deuda externa pues esto abría las puertas a los mercados de crédito internacional y a la inversión extranjera que durante el periodo de Miguel Abadía Méndez hallaría en Estados Unidos su prestamista en el mercado financiero¹⁴.

Durante el quinquenio del gobierno de Reyes las exportaciones de la United Fruit Company, que había llegado a Colombia en 1901, crecieron cerca de un 200%. En 1907 Reyes presentó y aprobó un proyecto de ley con el cual se exoneraba a la multinacional del pago de impuestos por concepto de exportaciones durante ocho años. Se abonaba así el terreno para la industrialización, para una transición lenta y riesgosa hacia el capitalismo moderno que echaba raíces sobre las fronteras. Ya para 1928 el Partido Socialista Revolucionario expresaba su solidaridad con la lucha sandinista en Nicaragua y denunciaba la “ley heroica” que, aprobada el 2 de noviembre, facultaba al ejército para hacer frente a las manifestaciones. Se advertían ya visos de un pensamiento moderno, utilitarista al menos en lo administrativo. Las reformas en lo económico, la liberalización del comercio y la articulación con el mercado, contradecían el espíritu hispánico de la Colonia, ya pasado medio siglo del grito de independencia. La ruptura con las instituciones y la mentalidad colonial fue lenta y tardía en relación con las exigencias de la modernidad que la República exploraba.

El utilitarismo que se lee con fuerza desde el quinquenio —sino antes, desde la Regeneración— reformula, de acuerdo con las nuevas condiciones históricas, las nociones de ética y poder. *La casa grande* nos muestra que estas nociones se construyen a partir de los intereses concretos y materiales, si se quiere, de quienes parecen detentarlas y hacer uso de ellas: los hacendados y los soldados. La ética se subordina al poder. De manera que matar trabajadores no es malo simplemente porque ellos no se ajustan a la ley. La ética y el poder no corresponden con una idea metafísica que sustenta lo bueno y lo malo, lo justo, lo deseable y lo permitido. Rubén Jaramillo Vélez sostiene que a partir de 1820 las ideas francesas y anglosajonas, que modelaron las nuevas repúblicas, trajeron consigo nuevos elementos espirituales. Uno de ellos fue el

13. Véase: Roberto Pineda, *Holocausto en el Amazonas* (Bogotá: Editorial Planeta, 2000).

14. Marín, “La hegemonía conservadora 1900-1930”, 487-89.

utilitarismo benthamista, que sembraría esas ideas de ahorro y acumulación, disciplina industrial y secularización. Se representaban así los ideales de una clase comercial e industrial, “pragmática y racionalista”¹⁵. Esa misma que se animó a colonizar las fronteras y sembrar la modernidad en ellas. A la larga, la clase comercial que integró las fronteras para construir la nación. Esta nueva racionalidad instrumental, fuerte ya para inicios del siglo XX, se oponía, según Jaramillo Vélez, a los sentimientos religiosos de “caridad y salvación ultraterrena que constituían el núcleo de la concepción española del mundo”¹⁶, según la caracterización que del pensamiento conservador de la época hacía el historiador Jaime Jaramillo Uribe. La idea ilustrada del progreso, central en la filosofía política e histórica del siglo XVIII¹⁷, aunque con retardo, moldearía la mentalidad de la clase política desde la segunda mitad del siglo XIX en Colombia. Los hombres toman conciencia de su historia, de ser sujetos de ella y directores de su destino. Dueños de este, ya no sería la Providencia quien los sentencie, pero sí, aún, como se lee en Cepeda, quien los ampare. Habría una ruptura con la tradición hispánica, esencialmente, providencialista¹⁸.

La narración de Cepeda comienza con la llegada de los soldados, amparados por la ley heroica, a la estación donde esperarían el tren que los llevaría a La Zona. En el pueblo encuentran en la plaza un cuartel vacío junto a la iglesia —“siempre están juntos”¹⁹, dice un soldado—. Y no es casualidad: en el año 1913, la Conferencia Episcopal colombiana dictó una serie de normas a seguir por el clero con las cuales la Iglesia pretendía instrumentalizar los movimientos políticos que enfrentaran cualquier ideología en contra de la moral y la fe católicas; en cierta medida, que fortalecieran los valores que daban vida al capitalismo, como la idea del trabajador-buen cristiano o la obligación de ayudar al prójimo y ser caritativo. Por supuesto, el clero no respaldó las ideas modernas del liberalismo que igualaba la condición del hombre a la de *ciudadano* y perseguía en definitiva la secularización del Estado²⁰. Cualquier levantamiento era tachado de subversivo y se apelaba al recurso teológico para desacreditarlo desde la moral de los trabajadores. Ricardo Sánchez recoge una pastoral escrita por Monseñor Builes en 1926 en contra del socialismo, con la que, según él, se identificaba Abadía Méndez; esta deja ver cómo la moral católica sí podía convivir con los elementos espirituales del capitalismo,

Pobres nuestros trabajadores obreros quienes halagados con falsas promesas de *redención* que dizque les van a dar sus falsos *profetas*, sus fementidos libertadores, ayudan eficazmente a que todos los bienes de los particulares pasen al Estado para que *éste los reparta por igual a los hombres laboriosos y a los holgazanes*; a los que como parásitos chupadores consumen, pero no quieren trabajar²¹.

15. Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada*, 24.

16. Jaime Jaramillo Uribe, *El pensamiento colombiano en el siglo XIX* (Bogotá: Editorial Temis, 1982), 102, citado en Vélez, *Colombia: la modernidad postergada*, 25.

17. Melo, “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’”, 225.

18. Rubén Jaramillo Vélez, *Moralidad y modernidad en Colombia*, (Bogotá: ESAP, 1998), 11.

19. Cepeda, *La casa grande*, 27.

20. John Alvarado, “La Iglesia frente al conflicto obrero en las bananeras”, en *Bananeras. Huelga y masacre*, eds. Mauricio Archila y Leidy Torres (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 110.

21. Ricardo Sánchez, “Significados de la huelga de las bananeras”, en *Bananeras. Huelga y masacre*, eds. Mauricio Archila y Leidy Torres (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009), 118. La cursiva es mía.

Aparte de los visos bíblicos de la declaración que pretenden igualar el socialismo —o más puntualmente las demandas obreras— a una falsa religión con falsos profetas, se apunta a fortalecer esa lógica según la cual el trabajo produce riqueza y quien trabaja la merece. Así, la pereza cierra la puerta al progreso. Pero además de justificar, según él, una merecida y natural desigualdad, se aferra a esa idea de que el trabajo redime a los hombres, por lo cual son ellos quienes tienen en sus manos las posibilidades de su salvación. Esta era la lógica protestante que Lutero defendió con la Reforma²²; los “laboriosos”, en este orden de ideas, serían entonces aquellos que distantes del socialismo son fieles a la moral católica y en el fondo al Estado. Esta mentalidad se lee en la novela de Cepeda en cuanto los soldados y el Padre no solo niegan los reclamos de los huelguistas sino que descreen en su posibilidad de acción, pues, de otra manera ellos vivirían imbuidos en esa falsa religión, odiando al Padre²³. Y ese odio hacia Él que atraviesa la novela de Cepeda podemos entenderlo como un odio literal al “Padre”, a la Iglesia y al orden que sobre él y ella se funda.

Jaramillo Vélez sostiene que la postergación de la modernidad en Colombia es su particularidad idiosincrática e histórica. Este rezago en el “nivel de la conciencia y la cultura ciudadanas” respondió a condiciones políticas que enfrentaron o no las exigencias de la modernidad. Una de las cuales era la recepción del pensamiento filosófico moderno que apenas hasta los años cuarenta del siglo xx tuvo mayor acogida en los círculos académicos y políticos. Es pues la lenta “acumulación primitiva” del capital —la que podemos leer en Cepeda— el proceso que incentivó políticas “modernizantes”, al menos en lo infraestructural, ante la necesidad de abrirse al mercado mundial, marcada por una cultura y pensamiento esencialmente anti-moderno²⁴. Esta es la contradicción del despertar de Colombia a la modernidad, contradicción que tomaría formas políticas de oposición y de alianza: partido a partido, Iglesia a Estado, Iglesia y hacienda. Sobre esa contradicción se pensaría un proyecto de nación moderna cuya base ideológica y política no contemplaba aún la secularización del pensamiento y la praxis política. El Padre, utilitarista y pragmático, tradicionalista y patriarcal, encarna esa contradicción en la novela de Cepeda: es el Padre hacendado, es el Padre clerical, es la síntesis de dos poderes que históricamente fueron la base del proyecto moderno de nación —y siendo consecuentes con su contradicción, diríamos también antimoderno—. Es en la frontera —en La Zona o La Casa Grande, pensamos— donde esa contradicción se hace aún más visible. Y esa doble naturaleza del Padre devela su fundamento histórico.

Fernando Guillén Martínez²⁵ sostiene que la hacienda era el “modelo social integrador”²⁶ hasta bien entrado el siglo xx, el cual fue un condicionante de todas las articulaciones del poder que sucedió a la encomienda y mantuvo “formas semi-serviles de dependencia”²⁷ vigentes hasta entrados los años veinte. El concordato de



22. Véase: Jaramillo Vélez, *Moralidad y modernidad en Colombia*, 6.

23. Véase: Cepeda, *La casa grande*, 81-102.

24. Véase: Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada*, VII-VIII.

25. Véase: Fernando Guillén Martínez, *La regeneración. Primer Frente Nacional* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986), 44-45.

26. *Ibíd.*, 44.

27. Jaramillo Vélez, *Moralidad y modernidad en Colombia*, 26.

1887 garantizó a los clérigos fueros y privilegios individuales y asistencia financiera permanente por parte del Estado. Con esto se garantizó la reproducción del modelo hacendatario, pues la instrucción general de la enseñanza católica crio “cuerpos sumisos y disciplinados”²⁸ en los centros de educación que habían quedado en manos de la Iglesia, los cuales al condenar el modernismo procuraban conservar el orden colonial que respaldaba a los terratenientes. Para Guillén, el clero tenía una función subalterna dentro del sistema señorial hacendatario. Esta condición definió los intereses sociales del clero, agente socializador de las “racionalizaciones que legitiman y hacen viable ese modelo de poder”²⁹. El autor propone que el Estado, a través del Concordato, instrumentalizó al clero. Pero si bien se reforzó el poder hacendatario también se abrió campo al liberalismo económico pues la tierra circuló como mercancía y la producción entró al mercado con el auge infraestructural de principio de siglo xx. La modernización ahí tuvo un ritmo más acelerado: carreteras, transportes e industrias fueron la prioridad que contrastaba con la vieja concepción del mundo no secular, vigente en la mentalidad colectiva. La modernidad, como proceso integral, seguía entonces postergada.

Se advierte la huelga y los militares se preparan para detenerla. La presencia institucional del Estado se redujo fundamental, si no únicamente, a su brazo militar que reforzó el ejercicio político de la Iglesia, firmado el Concordato de 1887 con la Santa Sede, a través del cual, añadido, se hizo de la Iglesia católica la base fundamental de la construcción ideológica del partido Conservador³⁰ y la elite económica a través de la violencia y el terror, recursos, desde esta lógica, necesarios para equilibrar la dinámica laboral en el enclave de la frontera.

En su estudio sobre Armando Normand, el capataz de la empresa cauchera Casa Arana, que durante principios del siglo xx controló la extracción de caucho en la región amazónica sobre la base del control de la mano de obra indígena a través del endeude, Carlos Páramo recoge la tesis del antropólogo Michel Taussig según la cual “el ingreso al sinsentido de la selva predispone el recurso al terror”³¹. Según Taussig, las atrocidades de los caucheros de la frontera colombo peruana esconderían en el fondo un “determinante capitalista”³², son el recurso para sostener la extracción. Veamos.

“Los fusiles cubiertos de mierda”, dice el soldado cuando la sangre de un huelguista cae sobre sus botas y su cara. El ejercicio de la violencia política, el terror, mantuvo el orden que dictó el capital extranjero y que en La Zona encarnaba el Padre, y se llegó a negar, incluso, la condición humana de los huelguistas. Una caricatura de Ricardo Rendón de 1929 (Fig. 1) muestra al entonces Presidente de la República Miguel Abadía Méndez y al General del Ejército Carlos Cortés Vargas, quien dio la orden de abrir fuego en la estación, al regresar de una jornada de cacería. Uno con ropa deportiva, otro con su uniforme militar, muestran alineados los cadáveres que

28. Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada*, 46.

29. *Ibíd.*, 47.

30. Véase: Alvarado, “La Iglesia frente al conflicto obrero en las bananeras”, 110.

31. Carlos Páramo, “Un monstruo absoluto: Armando Normand y la sublimidad del mal”, *Maguaré* 22 (2008): 45.

32. *Ibíd.*, 46.

recogieron. “¡Yo maté cien!”, dice el general señalando los cuerpos de los trabajadores; “Eso no es nada, yo maté doscientos” responde el Presidente indicando una fila de patos. Si bien esta representación atañe al ejercicio de la violencia política para recobrar el orden del sistema y sugiere su legitimidad, pues cuenta con el aval del poder ejecutivo —seguro nos habla de la ley heroica— nos interesa aquí resaltar que los personajes de la caricatura nunca especifican qué fue lo que mataron. Si fueron trabajadores o animales los cuentan por igual, pues ya de antemano habían negado su condición de *ciudadanos*, sus derechos laborales y de paso su condición humana, como lo deja ver también la alusión que Cepeda hace a la mierda como la sangre de los trabajadores. Podría pensarse entonces que las categorías de “asesinos”, “incendiaros”, “azuzadores”, “cómplices”, “auxiliadores”, “malhechores”³³ son construcciones discursivas para la negación y deslegitimación del otro y de su condición, sus derechos, su naturaleza.



FIGURA 1. Regreso de la cacería³⁴

El problema de esa negación atraviesa el argumento de *La casa grande* pues si bien los soldados se reconocen como autoridades y como tales suponen la legitimidad de su violencia, apenas son la extensión militar del poder político que concentran el Padre y su familia. Cepeda nos presenta a esta familia como una elite local que ejerce el control sobre los trabajadores fundamentalmente a través de la posesión de la tierra. La novela no hace referencias explícitas a empresarios extranjeros, productores

33. Sánchez, “Significados de la huelga de las bananeras”, 63.

34. Ricardo Rendón, *Regreso de la cacería*. Abadía Méndez y el general Cortés Vargas comparan resultados de cacería, después de la masacre de las bananeras. Álbum Cromos, 1930. Disponible en: <http://www.banrepcultural.org/blaavirtual/revistas/credencial/octubre1990/octubre1.htm>

colombianos, comerciantes y colonos influyentes ni a la dinámica de posesión y trabajo de la tierra³⁵ en las fronteras nacionales que iniciaron ciclos de explotación económica, sino que todos son condensados en la figura del Padre. Como sea, lo importante aquí es reconocer que esa diferenciación social, más allá de lo económico, se define por el linaje, por la sangre. Este es el factor sobre el cual se funda la noción de poder que podemos extraer de la novela. Los soldados, el Padre y la Hermana, su hija, dudan de que los trabajadores tengan armas y de que si las tuvieran fueran capaces de usarlas. “Nos tienen miedo”³⁶, afirma el Padre. Cepeda nos dice que la muerte camina de la mano de quienes portan esos fusiles hacia la estación, y que quienes los portan creen que dejando el miedo atrás tienen derecho de usarlas pues además la legislación los cubre. Quien tiene el poder aquí está en facultad de dar muerte, de “ser” la muerte, e invertir esa relación no implica directamente reformar el orden “natural” de las cosas, las relaciones sociales de producción, sino asesinar al Padre aunque esas condiciones no vayan a variar sustancialmente.

Los hijos del Padre toman distancia de su posición frente a la huelga pero la Hermana seguirá fiel a él. Los demás esperan que con los años cambie la sangre de su linaje, se aleje de la del Padre y puedan renunciar así al orden que ellos desprecian y del que no pueden escapar. Esperan que con los años cultiven el odio a esa figura que, aunque sepultada, seguirá siendo el dueño del pueblo, de La Casa, pues como piensa el Hermano, al cabo, toda sangre es “sangre seca y olvidada”³⁷. No obstante, ese odio terminó por acercarlos al resto del pueblo pues ese es el sentimiento que al final provocó el trastorno del poder que, como dijimos, no derivaría súbitamente en un trastorno del orden de las cosas, pues la tradición es duradera y prevalece: “No es el tiempo lo que destruye en esta casa; es el odio; el odio que sostiene las paredes carcomidas por el salitre y las vigas enmohecidas que cae de pronto sobre la gente agotándolas”³⁸.

Como frontera, no en el sentido geopolítico sino cultural, es decir, como espacio donde se desdibujan las nociones de la cultura³⁹, en La Zona se cruza su umbral, sus límites y el ser se entrega a los sentimientos de ese desapego. Degeneran los sentidos de la razón en el sin-sentido de la frontera, en ese enclave de vegetación basta y salvaje, pues ahí la racionalidad es distinta y quienes llegan deben tornarse como ella. Así matar no será quizás una cuestión de decisión sino de necesidad: matar en la frontera sin ley, sin consideración por la *humanidad* de los otros. La necesidad de expandir la empresa del capitalismo no conoce de umbrales morales, allá donde la moral de Occidente se degenera y se hace confusa, en la frontera. La violencia y el terror son permitidos, su ejercicio naturalizado, el sentimiento hacia la muerte trastocado. Germina pues la

35. Véase: Le Grand, “Tierra, organización social y huelga: la zona bananera del Magdalena, 1890-1928”, 20.

36. Cepeda, *La casa grande*, 82.

37. *Ibíd.*, 186.

38. *Ibíd.*, 124.

39. Véase: Páramo, “Un monstruo absoluto: Armando Normand y la sublimidad del mal”.

semilla del monstruo que la modernidad arrojó en el nuevo territorio fértil: el terror, hijo bastardo de la razón.

En esta época, Colombia avanzaba hacia una “modernización en contra de la modernidad”⁴⁰, como sentencia el filósofo colombiano Rubén Jaramillo. “Nosotros somos los que olvidaremos”⁴¹, dicen los soldados, porque en La Zona primó después el olvido. Esa frontera quedó así integrada, con el tiempo, a la nación y a la Historia nacional, acomodado el terreno a los brazos del capitalismo. He ahí el “determinante capitalista” del terror: el monstruo que se desata en el afán de concretar su avanzada. Ya nos mostraba Ernesto Sabato cómo la modernidad degeneró en terror cuando estallaron sus contradicciones: el apego a la técnica y al progreso descompuso moral y espiritualmente al hombre. Tanto así, nos recuerda, que alguna vez el pueblo más industrializado y alfabetizado del mundo creó los campos de concentración para el exterminio judío⁴². Pero sigamos.

Cepeda publica *La casa grande* treinta y cuatro años después de los acontecimientos. La novela fue escrita entre 1955 y 1961, días por los que Gustavo Rojas Pinilla había sido derrocado y la violencia en los campos, más que distinguir colores y banderas, perseguía el despojo y el acaparamiento de la tierra. En las ciudades, acontecimientos como la matanza de los estudiantes en 1954 y la matanza de la Plaza de Toros, dos años después, habían desatado una crisis política y un resquebrajamiento en la estructura de poder Estado-Iglesia-Ejército, luego de que el clero condenara lo ocurrido en 1956. Rojas Pinilla había clausurado *El Tiempo* y *El Espectador* arguyendo el ánimo de desprestigiar al gobierno “aprovechando” la violencia en los campos: “No más sangre; no más depredaciones en nombre de ningún partido político ni en nombre de ninguna causa por más santa que parezca. Callar, disimular la trascendencia de los delitos sería tanto como autorizarlos o favorecerlos”⁴³, publica *El Tiempo* en su editorial del 13 de junio de 1955. Este principio que se presentó en su momento como el deber-ser de la prensa fue congruente con el trabajo literario pues por esos años los escritores hallaron en la violencia un terreno fértil para la narración: en 1964 aparece *Zig-zag en las bananeras* de Efraín Tovar Mozo y cinco años después *Los muertos tienen sed* de Javier Auqué Lara y luego *Cien años de soledad* de Gabriel García Márquez en 1967. Y más allá del tema de las bananeras, *El Cristo de espaldas* (1952) y *Siervo sin tierra* (1954) de Eduardo Caballero Calderón, *El día del odio* (1951) de José Osorio Lizarazo y *El Coronel no tiene quien le escriba* (1958) de Gabriel García Márquez son algunos ejemplos de narrativas de la violencia contemporáneas a Cepeda⁴⁴.

A Rojas Pinilla lo señalaban como un “católico devoto, un conservador militante y un anticomunista a ultranza”⁴⁵. Cuatro días después de tomarse el poder, el 17 de junio de 1953, aparece una de sus primeras declaraciones en *El Siglo* en la que afirmaba que

40. Jaramillo Vélez, *Colombia: la modernidad postergada*, 45.

41. Cepeda, *La casa grande*, 39

42. Véase: Ernesto Sabato, “Informe sobre ciegos” IV, en *Sobre héroes y tumbas* (Bogotá: Espasa, 1961).

43. Alberto Donadío, “Gobierno de Rojas Pinilla”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente*, vol. 2, ed. Jorge Orlando Melo (Bogotá: Círculo de Lectores, 1996), 557-559.

44. Véase: Nicolás Pernet, “La Masacre de las Bananeras en la literatura colombiana”, en *Bananeras. Huelga y masacre*, eds. Mauricio Archila y Leidy Torres (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009).

45. Donadío, “Gobierno de Rojas Pinilla”, 560.

“Colombia es un país anticomunista y nuestra misión es defender la patria”⁴⁶. Poco antes de que Cepeda iniciara la escritura de *La casa grande* Colombia se había adherido a la resolución de la Conferencia Internacional de Caracas por la cual rechazaban cualquier orientación comunista y “otras publicaciones subversivas”⁴⁷. Además, se asoció la fe protestante con el liberalismo y se inició una violenta persecución contra las misiones que alimentaban la subversión liberal y comunista. Quedaba claro, según *El Catolicismo*, órgano de la curia bogotana, que “los católicos que apoyen la libertad de culto, son traidores a su fe y a su patria” y recalcaba “la obligación de luchar contra las sectas protestantes”⁴⁸, según el padre Juan Jaramillo Arango. Esta asociación político religiosa fue un aspecto que representó, a juicio de Carlos Mario Perea, cierta continuidad con el programa de Laureano Gómez, adalid del conservatismo colombiano del siglo xx.

A partir de 1956, la Iglesia Católica tomó distancia de Rojas Pinilla por los hechos de la Plaza de Toros. El 16 de julio de ese año envió al General una carta criticando a Tercera Fuerza, el partido que él se propuso crear por encima de los tradicionales, pues exigía un juramento de lealtad por parte del ejército hacia el partido que se haría en la Plaza de Bolívar el 13 de junio de 1956; además, rechazaba la estrategia de Rojas Pinilla de manifestar su supuesta cercanía con la Iglesia Católica de Roma con el objetivo de desacreditar los cuestionamientos del clero colombiano. Dejando de lado la especificidad de los hechos históricos que acontecieron en Colombia durante los años en que Cepeda escribía la novela, las prácticas de terror de los años de La Violencia, nos interesa aquí poner en relación esa mentalidad, que desde el gobierno se naturalizaba hacia otros sectores, con el argumento de *La casa grande*: la fuerte relación Estado-Iglesia sobre la cual se levantaba la nación, la cual si bien estaba abierta al liberalismo comercial, era reacia aún a las ideas modernas sobre la igualdad, el derecho y la ciudadanía.

Cepeda condensa esto en la familia de tradición patriarcal y latifundista que crea en su novela. El Padre es un gamonal político, dueño de los destinos de sus hijos y trabajadores. Él siembra el odio que luego despierta su pueblo contra él para matarlo. Igual ocurre con su hija, la Hermana, quien asume las tareas del Padre y encarna los mismos valores sobre los cuales se fundaba el orden social en La Zona: el desprecio por los huelguistas, su negación, la defensa del orden patriarcal y la apatía hacia cualquier idea que expresara libertad de conciencia —y en consonancia con lo expuesto, a cualquier idea que confronte la moral católica—. Pero la irrupción de los soldados es ambigua en ese sentido: si por un lado su acción se orienta a preservar ese orden, por otro, defiende firmemente la influencia de nuevos actores, como la compañía extranjera, que trascienden la organización regional, escapan al espectro político y legislativo local y nacional, e imponen un trasegar lento al capitalismo, hacia

46. *Ibíd.*

47. Carlos Perea, “Administración de Laureano Gómez”, en *Gran Enciclopedia de Colombia. Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente*, vol. 2, ed. Jorge Orlando Melo (Bogotá: Círculo de Lectores, 1996), 552.

48. *Ibíd.*

un orden desconocido aún en La Zona, y que llevará finalmente a la modernización de las relaciones sociales de producción dentro de esa nueva lógica. Al cabo esto era lo que perseguía la huelga⁴⁹. Y desarrolladas esas relaciones asistimos al despertar de un pensamiento distinto, quizás aún no moderno en el sentido de practicar un *ethos* secular, pero sí más utilitario y pragmático. Así se justifican los soldados, así el Padre puede manejar su ambivalencia.

Los otros hijos, el Hermano y la hermana menor, que prefirieron ver con temor y odio al Padre, acaso deseaban tímidamente su muerte: eran también presos del Padre. Representaban la oposición tímida y silenciosa al interior del Estado de La Casa Grande; oposición no hacia el sistema de propiedad y trabajo que había instaurado el Padre, como al sentir de él hacia la huelga, engrandeciendo el odio que había de revocar su autoridad pero no la organización patriarcal de La Zona, desmoronada para erigirse ahora sobre el olvido: “Somos nosotros los que olvidaremos”⁵⁰, decía un soldado. Y la historia nacional avanzó en ese sentido.

BIBLIOGRAFÍA

- ALVARADO, JOHN. “La Iglesia frente al conflicto obrero en las bananeras”. En *Bananeras. Huelga y masacre*. Editores Mauricio Archila y Leidy Torres. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- CEPEDA SAMUDIO, ÁLVARO. *La casa grande* (1962). Bogotá: El Tiempo, 2003.
- DONADÍO, ALBERTO. “Gobierno de Rojas Pinilla”. En *Gran Enciclopedia de Colombia. Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente*. Vol. 2. Editor Melo, Jorge Orlando. Bogotá: Círculo de Lectores, 1996.
- GUILLÉN MARTÍNEZ, FERNANDO. *La regeneración. Primer Frente Nacional*. Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986.
- JARAMILLO URIBE, JAIME. *El pensamiento colombiano en el siglo XIX*. Bogotá: Editorial Temis, 1982.
- JARAMILLO VÉLEZ, RUBÉN. *Colombia: la modernidad postergada*. Bogotá: Editorial Temis, 1994.
- JARAMILLO VÉLEZ, RUBÉN. *Moralidad y modernidad en Colombia*. Bogotá: ESAP, 1998.
- LEGRAND, CATHERINE. “Tierra, organización social y huelga: la zona bananera del Magdalena, 1890-1928”. En *Bananeras. Huelga y masacre*. Editores Mauricio Archila y Leidy Torres. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.
- MARÍN, IVÁN. “La hegemonía conservadora 1900-1930”. En *Gran Enciclopedia de Colombia. Historia*. Tomo 2. Bogotá: Círculo de lectores, 1991.
- MELO, JORGE ORLANDO. “Algunas consideraciones globales sobre ‘modernidad’ y ‘modernización’”. En *Colombia: el despertar de la modernidad*. Editores Fernando Virviescas y Fabio Giraldo. Bogotá: Foro Nacional por Colombia, 1991.
- ORTIZ, CARLOS. *Urabá: pulsiones de vida y desafíos de muerte*. Medellín: La Carreta Editores, 2007.
- PÁRAMO, CARLOS. “Un monstruo absoluto: Armando Normand y la sublimidad del mal”. *Maguaré* 22 (2008): 43-91.
49. Sánchez, “Significados de la huelga de las bananeras”, 55.
50. Cepeda, *La casa grande*, 39

PEREA, CARLOS. "Administración de Laureano Gómez". En *Gran Enciclopedia de Colombia. Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente*. Vol. 2. Editor Jorge Orlando Melo. Bogotá: Círculo de Lectores, 1996.

PERNETT, NICOLÁS. "La Masacre de las Bananeras en la literatura colombiana". En *Bananeras. Huelga y masacre*. Editores Mauricio Archila y Leidy Torres. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

PINEDA, ROBERTO. *Holocausto en el Amazonas*. Bogotá: Editorial Planeta, 2000.

SABATO, ERNESTO. *Sobre héroes y tumbas*. Bogotá: Espasa, 1961.

SÁNCHEZ, RICARDO. "Significados de la huelga de las bananeras". En *Bananeras. Huelga y masacre*. Editores Mauricio Archila y Leidy Torres. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2009.

TORRES DEL RÍO, CÉSAR. "Gobierno de Mariano Ospina Pérez". En *Gran Enciclopedia de Colombia. Desde la Nueva Granada hasta la Constituyente*. Vol. 2. Editor Jorge Orlando Melo. Bogotá: Círculo de Lectores, 1996.

